

En vísperas del incierto Año de Goya

Gracias a Goya, el 96 incluso podrá tener algún atractivo cultural. Dependerá, claro está, de la decisión con que nuestros responsables culturales acojan la efemérides goyesca, del interés y del entusiasmo que pongan. Sólo el Año Goya podrá librarnos de atravesar, culturalmente, por el 96 como por un desierto, pues está claro que, sin Goya, aquí no habría nada a lo que acogerse. Goya nos va a salvar el año, mal que les pese a quienes hubieran estado más tranquilos sin nada que celebrar. Porque la tónica es celebrar pocas cosas, o mejor nada, que hay que ser austeros y no gastar un céntimo. Y ello sintoniza malamente con cualquier celebración. En todo caso, las vísperas del Año Goya se han anunciado de la peor manera. Con dimes y diretes sobre la falsedad o no de ciertos «goyas», que podrán serlo o no —doctores tiene el arte, y que sean los que decidan, aunque los doctores de verdad nunca dicen palabra—, pero que no son, objetivamente, de ningún interés artístico. Con tanto goya de penosa factura le estamos haciendo un flaco servicio a don Francisco.